

Estudio Bíblico Dominical
Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Solemnidad de Santa María, Madre de Dios – Ciclo B

Una Madre que contempla
Lucas 2, 16-21

“María y la Iglesia son una sola madre”
(Isaac de L’Etoile)



INTRODUCCIÓN

Comenzamos el año con la solemnidad de María, Madre de Dios. El Domingo pasado comentamos gran parte de la lectura que propone la liturgia para este domingo.

El Evangelio de esta solemnidad retoma el relato que ya fue proclamado en la Misa de Aurora de la Navidad (el relato de la adoración de los pastores) y le agrega la noticia de la circuncisión del niño Jesús y la imposición de su nombre (2,21).

Invitamos a releer las notas que allí pusimos y a tener en cuenta las anotaciones complementarias que ahora ofrecemos.

1. EL TEXTO

Leamos Lucas 2,15-21:

“¹⁵Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.»

¹⁶Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.

¹⁷ *Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño;*
¹⁸ *y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían.*
¹⁹ *María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.*
²⁰ *Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.*
²¹ *Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno”.*

2. Algunas anotaciones complementarias

Después de la anunciación, María lleva la buena nueva a la casa de Zacarías e Isabel. Ella puede constatar el cumplimiento de lo que el ángel del Señor le dijo. Su prima Isabel está en sexto mes.

Lo mismo sucede ahora en el relato de la Navidad: los pastores de la noche de Navidad no se guardan la buena nueva anunciada por el ángel. Ellos van a anunciar lo que les ha sido dicho y pueden constatar que lo que les ha sido anunciado se ha realizado.

En la Biblia, los relatos de una intervención del Señor terminan frecuentemente con reacciones de testimonio. Es lo que aquí sucede. Todo el mundo se asombra de lo que dicen los pastores. El acontecimiento es inaudito: en este niño se ha manifestado un Salvador, Cristo y Señor, nacido por nosotros. En la Pascua, este mismo asombro se verá en las mueres que van al sepulcro, después los apóstoles anunciarán la resurrección del Señor. Pero los pastores no se quedan ahí. Ellos regresan a sus casas improvisando una liturgia de acción de gracias.

En todo esto María tiene un lugar particular. Ella no dice nada, más bien escucha: retiene el sentido de los acontecimientos, los medita y los apropia. María aparece aquí como modelo del discípulo que escucha, se admira y maravilla, acoge en su corazón y medita la palabra que le llega bajo la forma de anuncio o de acontecimiento. Y qué acontecimientos. Es así como María llega a ser Madre de cuerpo y alma.

Pero en su actitud leemos más: María es como el rostro interno de la Iglesia que está a punto de nacer. La parte meditativa, recogida, orante de la comunidad de los creyentes que es llamada a acoger la buena nueva y a anunciarla. Pero no será por los artificios de la propaganda. La buena nueva actuará espontáneamente en los corazones fervorosos que hayan sabido acogerla.

Finalmente....

El centro de gravedad del pasaje está en la noticia de la circuncisión e imposición del nombre. Es uno de los misterios de la infancia de Jesús, el “signo de su inserción en la descendencia de Abraham, en el pueblo de la Alianza” (Catecismo de la Iglesia Católica No.527).

Aquél que por la circuncisión lleva en su carne la marca indeleble de la alianza de un pueblo con Dios, recibe el nombre de Jesús en obediencia a la palabras del Ángel en la anunciación (ver 1,31; también Mateo 1,21). Ahora bien, el nombre manifiesta e implica la

propia realidad de la persona que lo lleva. Desde Josué, el héroe de la conquista de la tierra, muchos israelitas habían llevado ese nombre. Pero solamente Jesús de Nazaret realizó plenamente su significado etimológico: “Yahvé Salva”.

Si, como se desprende de la primera lectura, la bendición consiste radicalmente en la invocación del “Nombre”, entonces “Jesús” es el nombre que encierra y recapitula todas las bendiciones. No se podría concebir de mejor manera la bendición del año nuevo.

3. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“Cristo es único, formando un todo con la Cabeza y el Cuerpo: único como Hijo de un único Dios en los cielos y de una única madre en la tierra. Muchos hijos y un solo Hijo. Pues, así como la cabeza y los miembros son un solo Hijo y al mismo tiempo muchos hijos, así también María y la Iglesia son una sola Madre, y más que una; una sola Virgen, y más que una.

Ambas son madres y ambas son vírgenes; ambas conciben virginalmente del mismo Espíritu; ambas dan a luz la Cabeza del cuerpo; la Iglesia, en la remisión de todos los pecados, dio a luz el cuerpo de la Cabeza. Una y otra es Madre de Cristo, pero ninguna de ellas, sin la otra, dio a luz al Cristo total”.

(Beato Isaac de l’Etoile, Sermón 51)

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas

Sumario: La primera lectura de este año 2006 comienza con una bendición que podríamos apropiarnos: “¡Que el Señor te bendiga y te guarde!”. El Salmo retoma la bendición: “Que tu rostro brille sobre nosotros”. El rostro de Dios nos ha iluminado al enviarnos a su Hijo, nacido de mujer, pero también al enviar a su ángel a los pastores para que ellos, a su vez, transmitan la gozosa noticia del nacimiento de Cristo, Señor y Salvador. En cuanto Madre de Dios, María ha tomado parte activa en la venida del Hijo de Dios. Meditando en su corazón las maravillas de Dios, ella se convierte en modelo para toda la Iglesia.

Primera lectura: Números 6, 22-27

En este pasaje del libro de los Números, se indica cómo los sacerdotes, descendientes de Aarón, debían bendecir al pueblo. La bendición era tarea sacerdotal, pero hoy se repite en el culto sinagoga e, incluso, la liturgia cristiana –como hoy sucede– abre con ella el nuevo año civil.

Para la mentalidad bíblica, la bendición o la maldición consisten en mucho más que un augurio: ellas realizan de forma eficaz lo que significan, determinando –para bien o para mal– la existencia del “bendecido” o “maldecido”. Así, cuando los patriarcas “bendicen” a sus hijos, es como si los generaran de nuevo (ver Génesis 27,1-40; 48,9-20; 49,1-28).

En tres ocasiones debían pronunciar el nombre de Dios. Esta repetición subraya la solemnidad de la oración, que consiste en invocar al Dios creador, generador de vida, para que haya fecundidad y crecimiento en la persona; la triple invocación “realiza” la presencia benefactora de Dios que se prolonga en protección, prosperidad y paz.

El origen y fundamento de la bendición está en la invocación del “Nombre” de Dios sobre el pueblo, por eso se hace tres veces.

En el mundo bíblico, el nombre es inseparable de la persona. Uniendo el gesto a la palabra, y muy probablemente extendiendo las manos sobre la gente, los sacerdotes ponían a cada uno bajo la protección de Dios. Se podría decir que también imprimían el nombre de Dios sobre el pueblo, así como cuando uno pone un sello sobre un documento.

Así el pueblo se convertía en propiedad de Dios, quien a su vez se comprometía a asumirlo y a cuidarlo.

En este contexto de comunión con Dios en la Alianza, la petición más característica de la bendición suplica que ***“El Señor haga brillar sobre nosotros su faz”***.

El rostro de Dios es evocado dos veces. Es un rostro radiante, es decir, sonriente. Para la mentalidad semítica “ver el rostro” de un rey o de una persona es lo mismo que ser admitido en su presencia; y si el soberano se digna mirar hacia el súbdito es porque está dispuesto a concederle favores.

Ahora bien, Dios mira con amor a al pueblo que ha escogido entre todos los pueblos, para hacer alianza con Él. Este pueblo es invitado a vivir en la paz de Dios y a testimoniarlo en medio de las naciones.

Salmo responsorial: Salmo 66

Este Salmo de alabanza retoma la bendición del libro de los Números. El Dios de Israel es invitado a posar su mirada sonriente –que es como un rayo de sol- sobre su pueblo.

También el pueblo podrá contemplar y celebrar la salvación de Dios. La teología del Salmo es abierta, universalista. Todo el mundo puede acceder a la salvación. No solamente los fieles de Israel, sino también todas las naciones paganas.

La última estofa indica el origen litúrgico del Salmo, que era probablemente cantado en el Templo en las fiestas agrícolas de la cosecha. Los frutos de la tierra Los frutos de la tierra eran considerados como dones de Dios, como signos de su bendición.

Segunda lectura: Gálatas 4, 4-7

Cuando llega la plenitud de los tiempos: con la misión del Hijo de Dios “nacido de mujer” llegan los tiempos de la promesa, espera y preparación y se inauguró el tiempo definitivo, del cumplimiento y de la realidad perfecta.

“... *Nacido de mujer*”. Este es el único texto paulino que menciona explícitamente, si bien de forma anónima, a la Madre de Jesús. Con una gran sobriedad dice lo esencial del dogma mariano: permaneciendo en la sombra, María desempeñó un papel primordial en “la plenitud de los tiempos”, por cuanto ella fue el eje vital de la inserción del Hijo de Dios en una familia humana y, consecuentemente, en una realidad histórica concreta (un pueblo, con una Ley, etc.).

“...*Hijos adoptivos*”. La afirmación principal se completa con la mención de la finalidad de esta “dispensación”: “Para rescatar a los que estaban sujetos a la Ley” (aspecto negativo); “y hacerlos sus hijos adoptivos” (aspecto positivo). Hay que subrayar este segundo aspecto, y hay que notar que, para Pablo, la adopción (y en consecuencia el “hacernos capaces” de recibir la herencia) es mucho más que un título jurídico: es la transformación profunda y vital, realizada por el Espíritu Santo en los creyentes, los cuales, gracias al mismo Espíritu, puede tener con Dios Padre el trato singular, íntimo y familiar del mismo Jesús (ver Marcos 14,36).

(J. S. - F. O.)

Anexo 2

Para quienes animan la celebración dominical

I

La liturgia del primero de enero sufre de una acumulación, tal vez excesiva, de contenidos celebrativos: (1) La Maternidad divina de María, en ambiente de Navidad; (2) el primer día del año civil; (3) la Jornada mundial de la paz (tema de este año: “En la Verdad, la Paz”); (4) El Evangelio pone en consideración la narración de la circuncisión y el nombre de Jesús; (5) además, este año coincide con Domingo. En la práctica, es preferible centrar la homilía en un solo de estos temas, unificando en torno a él la homilía y el programa de la celebración, haciendo alguna alusión a los otros. Los temas puestos en segundo plano en la homilía podrían encontrar algún espacio en la oración de los fieles.

II

Para los lectores.

Las lecturas son breves y fáciles (si es que hay lecturas fáciles...). Por eso, les recordamos una vez más a los lectores que no corran, que respeten el tiempo que los oyentes necesitan para que la palabra recibida por el oído toque la mente y el corazón. Articúlense bien las consonantes, las sílabas. No silabear. Hablar, decir, pero sobre todo ¡expresar!

(V. P. - F. O.)

